

Cascos verdes

Luis Hernández Ramírez



Image not found.

Capítulo 1

Cascos verdes

A través de la oscuridad se disipa el ayer, conversaciones trágicas dan vuelta a la costumbre; se ha acercado su dueto de voces que reclaman derechos, que ejercen libertades. Como una partida de animales, fauces tercas devoran alegrías, llevan a la agria sonrisa al Olimpo. Este campo en que aparecen los héroes olvidados, en su infamia se muestra el coraje que se usa para olvidar. Balas frías de otoño logran su sangre brotar. Cavilar al ver el susto que le han dado a las apariciones, las proclamas se acercan en esta tierra para siempre. Pero mueren, mueren y se van a su fosa, como las palabras rancias que tratan de enclaustrar el pensamiento, su buena voluntad.

Llega la violencia, se va la razón, la sensibilidad admite el miedo que le dan los suspiros esperanzadores, hombres y mujeres ensangrentados, agrietados en sus propias palabras, aquellos versos que levantan al alma, esa arma que rompió las pragmáticas concepciones que llegan a nada, nadan y nadan hasta caer a la playa de la calma. Hay gritos que elevan el eco, muchos sienten su llanto corroer la violencia del bárbaro que siente desgracia y asco por su reflejo ver aparecer. Cascos verdes, botas cafés, manos rojas e impertinentes ante la imbatible ignorancia de no saber describir su propio amanecer. Sin embargo los fantasmas del ayer aparecen, su ruido milenario en raudos sonidos, de arriba hacia el infierno se confunden: las llamas aparecen en las casas, su plaza; el quisco presente que ya no quedará bondad en los hijos quedados, en los fetos maltratados.

El quejido retumba en los bloques, en sus fehacientes paredes que traspasa de sufrimiento a sufrimiento. Todo se envuelve en el inicio de la amargura, una etapa lejana de la melancolía, de la tristeza y la sorpresa. Ya van pasando los homenajes, la búsqueda y la consolación de los padres en sus parajes, paisajes llorados e inundados por la espera y su desolación, todo esto fue ordenado por las órdenes clericales e institucionales, ciudad de personas importantes, ellos con el dedo mueven sus piezas sin arriesgar su delicadeza. Dando fe del alcance de su crudeza, a ellos les importa solo lo que está a su alcance, desde su burbuja frágil ponen muros fortalecidos sin tener que ver a nadie que por sus decisiones haya quedado exánime abatido.

Se marchita un verso florido, la consigna se borra con más sangre y sus tragedias, su olvido que llena la botella, el licor solo hace arder la herida y en sus entrañas se va anunciando la despedida. Los cascos verdes mojan su cielo con el ruido de las avionetas, fustigan con metralletas la felicidad que en el pasado ambienta. Cada día puede ser peor, en los callejones los alaridos reinados por la llorona y su aluvión, los pequeños hermanos

extrañan a los jóvenes extraños que les dijeron adiós, se planta una flor, se planta una deuda, nadie pagará las lecciones que la vida enseña, su aire, su tribu, los ritos oscuros que mencionan unos cuantos caídos, viajeros del tiempo que vinieron a dejar su eterno mensaje, su velo blanco que amamantará la visión de los bebés en sus oleajes. Los escudos escolares se crean en los lejanos mitos, grises nombres que se opacan por lo nuevos héroes verdaderos, aunque los nieguen en sus mitos, y hasta lo caricaturicen, la sangre dirá la verdad en los encuentros de los jóvenes fortuitos, niños y señoras que lucharon y pasaron en coincidencia, en apetencia de sus frágiles conciencias.

Se enseñan las coronas florales, cartas, regalos y veleidades, series en sus festivales que pisan el honor en los arrabales. Aunque se despidan la esencia a romeo la sangre inundará la cabeza con sus tristes ceceos. Coces dan los marinos a los ciudadanos que tratan de hacer vida política, leyes con nulas características de la verdadera justicia. No dan a cada uno lo que le pertenece, es una ley de quien la hace y la ejerce. Mata a quien su amor deja claro que el vigor es el que resplandece, su dolor silenciado, desvanece la esperanza de los viejos por dejar un lugar sin cara ni dientes, sino un cuerpo de paz, de pensar y su infinita reflexión; ya nadie ama con el corazón, y su crisol no limpia las fumarolas que dejó la malicia de la noche anterior, el tráfico es libre, de desgracias y poblaciones despobladas, de sin vergüenzas, almas que no destacan salen en la prensa, se escuchan sonidos clásicos pero nadie que los baile, ahora gusta lo trágico y un sin fin de realidades, ya no se acepta la imaginación, eternidad sin futuro es su diversión, los hijos de los cascos policiales crean corridos que glorifican los asesinatos y de la mujer su bastón. Paredes que nuevamente se ensucian de propaganda electoral, se pega donde las proclamas de liberación incluían a toda aquella luchadora población, con cola se pegan los papeles de promesas que nunca si quiera se acordarán, quinientos pesos se llevan los votantes por otro arreglo. Qué bajeza que la gente venda sus derechos y se transforme en uno más de sus desechos, sus múltiples productos que se compran del dueño de sus mentes, sus impulsos turbios que no prenden como una carcacha vieja, viento que ni con huracanadas nada refleja.

El polvo se esparce en esta tarde de junio, la violencia acecha en el embarazo inoportuno, la desinformación es el peor de los males, no hay planes, no hay amor que crea danzantes de sus vendavales. Pero en su libertad pequeña hay mundos inexplorados e ignorados, aquellos que su sargento no ha sabido por su inteligencia no trabajada en menesteres importantes, no hay estrategia para callar la conciencia, sentir que el deseo se arrecie con furia hacia el objetivo claro. Pero alguien alza la mirada, un erudito ensimismado en sus libros, sus líneas, las ideas que comparte y rechaza, los hombres que hicieron de sus entornos un lugar pródigo de creaciones, construcciones y dedicatorias, nacen nuevas concepciones. En su antropología, la anestesia que duerme al movimiento, el tiempo que se espera un momento para sus cuerpos congelar por

encima del pavimento. La culpa se crea a partir de la cobardía de la persona en el presente, el miedo a sufrir y a morir, su solución no se ha probado en más de dos mil años, son mitos que llenan de espera, el instinto cazador se ha extinguido, el hombre se asentó y dejó de tener despiertos todos los sentidos que permite su felicidad, que apague las palabras de su pensar y sus cacofónicos sonidos, el grito de las aves ahora es un suplemento y no un todo, una aspiración a volar en gritos, a llegar al éxtasis enfrente de su fuego, del agua que canta más que los latidos del corazón. Hace falta cavilar más de una semana para sentirlo, vivir al aire libre y ser presa de las inclemencias y de la postura que refleja, leer las caras y sus gestos, sentir estar en la piel del otro, reír a horcadadas sin sentir a los demás observarme, somos libres pero nos subyuga todo.